

Alameda central: de paseo virreinal a zona de ligue y comercio sexual masculino (Ciudad de México, siglos XVI-XXI)

Alameda central: from viceregal walk to flirt and male sex trade zone (Mexico City, 16th-21st centuries)

Sergio Moreno Juárez

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México
smoj82@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0003-1543-3573>

Recibido: 31 de marzo de 2021. **Aprobado:** 20 de enero de 2022.

DOI: 10.25100/lamanzanadeladiscordia.v16i2.11110

Artículo de investigación

¿Cómo citar este artículo? / *How to quote this article?*

Moreno, Sergio. (2021). Alameda central: de paseo virreinal a zona de ligue y comercio sexual masculino (Ciudad de México, siglos XVI-XXI). *La Manzana de la Discordia*, 16(2), e20111110. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v16i2.11110>



Resumen

Este ensayo analiza los usos y apropiaciones sociales de la Alameda central de la Ciudad de México desde su fundación —a finales del siglo XVI— hasta el tiempo presente. De modo específico, analiza su consolidación como una zona de ligue y comercio sexual masculino entre los siglos XX y XXI. El uso de fuentes históricas y literarias permitió reconstruir la dinámica social del espacio público. En cambio, el uso de fuentes periodísticas y testimonios permitió analizar el comercio sexual masculino como una actividad de subsistencia para un grupo heterogéneo de jóvenes varones marginados del entorno laboral capitalino. Finalmente, se ofrece un estudio de caso que visibiliza el proceso de integración de un joven migrante al ejercicio del comercio sexual para hacer frente a la marginación y vulnerabilidad social.

Palabras clave: Alameda central; Ciudad de México; comercio sexual masculino; espacio público, sexoservidor.

Summary

This essay analyzes the uses and social appropriations of the Central Alameda in Mexico City from its foundation —at the end of the 16th century— to the present time. Specifically, its consolidation as a flirt and male sex trade zone between the 20th and 21st centuries is analyzed. The use of historical and literary sources will reconstruct the social dynamics of public space. Instead, the use of journalistic sources and testimonies managed to analyze the male sex trade as a subsistence activity for a heterogeneous group of young men marginalized from the capital's work environment. Finally, a case study is offered that makes visible the process of integration of a young migrant to the exercise of the sex trade to face marginalization and social vulnerability.

Key words: Alameda central; Mexico City; male sex trade; public space; male sex worker.

Introducción

[Una] de esas noches en que el viento invernal hiere como si fuesen navajas de obsidiana en la cara y unos pocos héroes o profesionales vagabundean por las avenidas casi

solitarias, caminó por las calles de la Zona Rosa¹, después por Paseo de la Reforma², cruzó hacia avenida Juárez y un carro se acercó hasta la banqueta, Josué miró de reojo, el auto se detuvo en la esquina de Balderas, era un pointer³ plateado del año. ¿A dónde vas? —preguntó el chico que manejaba con la ventana a la mitad y con su rostro nervioso.

Aquí al Zócalo⁴ —le contestó afable Josué.

¿Quieres que te lleve? —Josué le sonrió aproximando sus manos a las bolsas de su gabardina negra presionando su pelvis.

Sí, pero sabes, yo cobro —cuando eso le dijo, el chico del auto subió abruptamente la ventanilla y arrancó bruscamente el auto derrapando las llantas como si fuese un auto de carreras.

A Josué no le quedó más alternativa que seguir su camino, reparó profundamente y siguió su trayecto, entonces se internó en la Alameda, sombras se le acercaron y niños chemos⁵ le ofrecieron sus servicios, uno de ellos muy escuálido, de cabeza rapada y con ojos desorbitados simuló su agresividad reclamando, tal vez su territorio, y diciéndole incoherencias, su rostro era siniestro con cicatrices imborrables, Josué los evadió y apresuró sus pasos. “Cuánto se había devaluado para sortear aquellas desventuras” reflexionó mientras zanjaba los caminos y prados (Villalobos, 2007, p. 207-208).

La escena anteriormente referida forma parte del *Diario de un chichifo ilustrado*, novela en la que el escritor Hugo Villalobos relata la historia de vida de Josué, un sexoservidor de la Zona Rosa de la Ciudad de México que —ante la falta de clientes y la sobreoferta de acompañantes sexuales— se ve forzado a deambular por la Alameda central —jardín público de tradición homoerótica en el imaginario social capitalino— para allegarse recursos económicos. Desde finales del siglo XIX, la Alameda central se convirtió en un espacio de ligue e intercambio sexual entre varones, situación que propició la proliferación del comercio sexual masculino bajo el amparo de la sordidez, la

¹Área comercial y de socialización gay en la colonia Juárez de la Ciudad de México.

² La avenida más importante y emblemática de la Ciudad de México.

³ Automóvil de turismo.

⁴ Nombre popularmente otorgado a la plaza de la Constitución, la principal plaza pública de la Ciudad de México.

⁵ Niños y jóvenes en situación de calle que inhalan sustancias volátiles —*thinner*, nitritos, adhesivos de neopreno—.

oscuridad y el abandono que asoló sus prados y andadores, pese a las múltiples labores de rescate, remodelación y vigilancia emprendidas consecutivamente por las autoridades del Ayuntamiento de la Ciudad de México, el Departamento del Distrito Federal (DDF) y el Gobierno del Distrito Federal (GDF). En función de esto, en las siguientes líneas serán revisados —sin pretensiones de exhaustividad— los usos sociales otorgados a la Alameda central, destacando su apropiación como un espacio sexualizado que reproduce jerarquías y dinámicas de poder (Sabsay, 2011), del mismo modo que permite a algunos varones evadir o (re)negociar los mandatos de género y hegemonía heterosexual. El objetivo central consiste en analizar y hacer visible la consolidación del corredor turístico Alameda central como una zona de comercio sexual masculino en el tiempo presente⁶.

El primer apartado presenta una breve semblanza histórica del emplazamiento de la alameda como paseo virreinal a finales del siglo XVI y su modificación socioespacial durante los siglos subsecuentes, evidenciando la multiplicidad de usos y apropiaciones de las que ha sido objeto, entre ellas su zonificación turística y sexual. El segundo apartado examina la zonificación del comercio sexual masculino y la recurrente erotización de los sexoservidores⁷ del corredor turístico: estudiantes, migrantes, obreros, personas en situación de calle, militares y exmilitares procedentes, generalmente, del norte y el oriente de la Ciudad de México y el Estado de México. Finalmente, el tercer apartado analiza la dinámica del comercio sexual masculino *in situ* a partir de un estudio de caso: la experiencia de vida de *Mauricio*⁸, joven migrante que satisface las necesidades erótico-afectivas de los visitantes del corredor turístico Alameda central. Cabe señalar que el ejercicio del

⁶ El corredor turístico Alameda central comprende la Alameda, el palacio de Bellas Artes, el Centro Cultural José Martí, el Museo Mural Diego Rivera y la plaza de la Solidaridad, entre otros espacios de atractivo turístico erigidos al norponiente del centro histórico de la Ciudad de México. La emblemática zona —de gran afluencia peatonal y vehicular— está delimitada por el eje central Lázaro Cárdenas y las avenidas Balderas, Juárez e Hidalgo. La peatonalización de las calles Ángela Peralta y Dr. Mora —extremos este y oeste de la Alameda, respectivamente—, en noviembre de 2012, unificó el corredor y agilizó el desplazamiento peatonal de los visitantes y vecinos de la zona, a pesar de que el flujo vehicular por estas arterias siempre fue local y bastante reducido.

⁷ En el presente ensayo se usa el término sexoservidor para respetar la enunciación, identificación y (auto)percepción de los informantes. Dicho término refiere al varón que comercializa u oferta servicios sexuales a cambio de un pago —monetario o en especie—, previamente negociado con el prostituyente, es decir, el cliente —generalmente varón— que demanda la satisfacción de su apetito sexual e incentiva la pervivencia del comercio sexual. El uso del término sexoservidor permite a los informantes evadir el estigma asociado al ejercicio de la prostitución o su identificación como homosexuales, pues la mayoría de los informantes se asume heterosexual o —en el menor de los casos— bisexual, a pesar de la naturaleza homoerótica de los servicios que ofertan día tras día.

⁸ Los diez testimonios —ocho sexoservidores, un prostituyente y una sexoservidora— incluidos en el presente ensayo fueron levantados en el corredor turístico Alameda central y —a petición de algunos informantes— en las plazas Carlos Pacheco y San Fernando del centro histórico de la Ciudad de México entre los años 2013, 2015 y 2020, con el propósito de identificar prácticas sexuales y experiencias de vida en el ejercicio del comercio sexual masculino. Algunos de los informantes decidieron preservar su anonimato adoptando otra identidad, motivo por el cual se decidió homologar sus nombres haciendo uso de versalitas.

comercio sexual no conlleva, necesariamente, el cuestionamiento de la identidad de género u orientación sexual de los sexoservidores, pues —como se verá más adelante— es común que se asuman hetero/bisexuales y recurran al discurso de la compulsión e insaciabilidad sexual para acrecentar su capital simbólico y justificar su fluidez erótica en el mercado sexual masculino.

Alameda central: usos y apropiaciones sociales en cuatro siglos de historia

En el siglo XV, algunas ciudades de Castilla y Aragón dispusieron la reorganización del espacio urbano para permitir la libre circulación de aire, aguas limpias o insalubres y personas. Las nuevas disposiciones urbanas conllevaron el trazo de caminos rectilíneos y arbolados, la creación de plazas públicas, acueductos y acequias, y la ocupación de espacios contiguos y desordenados en los límites de las urbes. La reorganización del espacio supuso la redefinición de los comportamientos sociales para garantizar la preservación de la civilidad en las ciudades y los territorios recién conquistados a la naturaleza. Estos territorios fueron destinados al descanso, ocio y recreación de los ciudadanos —en su acepción clásica como naturales o vecinos de la ciudad—, actividades consideradas indignas para la preservación del decoro familiar e individual en la urbe. La ordenación de estos espacios de sociabilidad informal es el antecedente inmediato de las modernas alamedas urbanas: jardines públicos y ornamentales de trazo ortogonal, delineados por hileras de árboles —álamos, olmos, robles o tilos— y caminos de ida y vuelta para el paseo a pie, a caballo o en carruaje (Fernández, 2015; Recio, 2015). Otros elementos característicos y definitorios de las alamedas son la abundancia de agua corriente en fuentes y acequias, la estatuaria celebratoria del régimen, el suelo allanado y la vegetación contenida por el trazo lineal de los ejes (Albardonedo, 2015).

Las alamedas representaban el límite físico y simbólico entre la civilización y la naturaleza, pero ese carácter liminal podía propiciar la transgresión de las normas sociales por la degradación moral, la promiscuidad y el relajamiento de las costumbres supuestamente imperantes en la vida en estado natural. Lo idóneo consistía en habitar una ciudad disciplinada, jerarquizada y provista de espacios diferenciados para el ejercicio y recreo de los cuerpos con circunspección y gravedad. Este *logos* urbanístico se trasladó a los territorios ultramarinos de la corona hispánica y la capital novohispana no fue la excepción. El 11 de enero de 1592, el virrey Luis de Velasco (1539-1617) decretó, mediante real ordenanza, la construcción de una alameda para ornamentar la ciudad y recrear a los vecinos. El trazo original —obra del alarife Cristóbal Carballo— consistió en una planta cuadrada, dos ejes perpendiculares de tierra apisonada, una fuente central de cantera labrada

y cuatro prados cuadrangulares sembrados de álamos, fresnos y sauces. El obrero mayor Baltasar Mejía comenzó la cimentación en 1593, en un terreno disecado frente a la iglesia y el hospital de la Cofradía de la Santa Veracruz. En un principio, la Alameda fungió como el límite jurisdiccional de la Ciudad de México y, paulatinamente, señaló su crecimiento hacia el norponiente del valle de México (Luque, 2015; Muñoz e Isaza, 2001; Pérez, 2018; Wahr, 2006).

A comienzos del siglo XVII, la Alameda padeció severas inundaciones, robo de tierra e incursión continua de ganado, motivo por el cual las autoridades capitalinas decidieron cercarla, disecar las zonas pantanosas circunvecinas y emprender mejoras materiales —trazo de dos ejes oblicuos de tierra apisonada, corte triangular de prados e instalación de bancas en la fuente central— para el disfrute de las elites novohispanas. El fraile dominico Thomas Gage (1603-1656) refirió en su relato de *Viajes por la Nueva España y Guatemala* (1626) que la Alameda se había convertido en un concurrido escenario de galanteo y sociabilidad informal, pues diariamente era visitada —después de las cuatro de la tarde— por “unos dos mil carruajes, llenos de galanes, de damas y de ciudadanos que van allí para ver y ser vistos, para cortejar y ser cortejados” (Gage, 1987, p.63). En ese sentido, el paseo en carro por la Alameda de la Ciudad de México adquirió una función concreta en el proceso de diferenciación y segregación estamental al exhibir la opulencia y suntuosidad de las elites novohispanas, elementos definitivos de su estatus social (Recio, 2015).

En el siglo XVIII, durante el gobierno del virrey Baltasar de Zúñiga y Guzmán (1658-1727) —entre 1716 y 1722— se modificó la dimensión y el trazo de los prados de la Alameda, al introducir cuatro ejes axiales y cuatro rotondas con sus respectivas fuentes. Posteriormente, el reformismo borbónico entronizó los principios ilustrados del urbanismo neoclásico en la reordenación de las ciudades, priorizando la dignificación y embellecimiento de los espacios públicos de ocio y recreación (Fernández, 2015). Dichos preceptos —trazos rectilíneos, ordenados y simétricos— se hicieron presentes en la ampliación y remodelación de la Alameda en la segunda mitad del siglo XVIII⁹. En primer lugar, bajo la administración del virrey Carlos Francisco de Croix (1703-1778) el jardín público adquirió su actual dimensión rectangular, al integrar las plazuelas de

⁹ Al respecto, Ma. Dolores Morales señala que el reformismo neoclásico concebía a la ciudad como un ente orgánico propenso a enfermarse si no seguía los preceptos científicos de iluminación, libre circulación y ventilación. En ese sentido, el trazo de la calle adquirió preponderancia como reflejo del orden social, razón por la cual debía ser “recta, amplia, perfectamente alineada, libre de cualquier saledizo o estorbo, con cruces espaciosos, limpia, empedrada, iluminada, segura, sin ruidos ni olores que la distorsionaran” (1994, p. 162-164).

Santa Isabel y San Diego¹⁰. Después, su sucesor, el virrey Antonio María de Bucareli y Urzúa (1717-1779), solicitó al capitán de infantería, Alejandro Darcourt, la realización de un nuevo trazado que contempló la división de prados, la creación de siete rotondas centrales y doce externas, la integración de ejes diagonales y la instalación de cinco fuentes y un cerco de piedra y madera. Por último, el virrey Juan Vicente de Güemes Pacheco (1738-1799) decretó un reglamento para regular el tráfico de paseantes, jinetes y carruajes, y ordenó construir una barda perimetral para preservar la seguridad en su interior (Luque, 2015; Morales, 1994; Pérez, 2018; Recio, 2015; Wahr, 2006).

La exclusión de los pobres y mendigos del goce del aire puro, el agua corriente y la sombra brindada por los álamos, fresnos y sauces del jardín público, prevaleció en el periodo independiente hasta mediados del siglo XIX, cuando perdió centralidad como espacio de ocio y recreación para las elites, pese a ser escenario de las fiestas patrias durante el mes de septiembre. En la segunda mitad del siglo XIX, la Alameda devino dormitorio de indígenas, léperos y mendigos tras su apertura al público en general —sin distinción de clase— bajo el régimen juarista, entre 1867 y 1872 (García, 2002; Pérez, 2018). El historiador Jesús Galindo y Villa (1867-1937) detalló esta situación en su *Historia sumaria de la ciudad de México* (1925), aseverando que la Alameda parecía un bosque “inculto y salvaje, mucho más propio para servir de guarida a las fieras que para recreo de los habitantes de un pueblo civilizado”. Los prados —refirió Galindo y Villa (1925),— eran habitados por gente “ociosa y de ínfima categoría” que usualmente delinquía, razón por la cual el ayuntamiento capitalino decidió levantar “una reja pintada al óleo, colocó juegos hidráulicos, macetones y otros adornos y procedió a cegar las zanjas inútiles” (p. 193).

En 1872, los regidores y periodistas liberales Vicente García Torres (1811-1894) e Ignacio Cumplido (1811-1887) —propietarios de los diarios *El Monitor Republicano* y *El siglo XIX*, respectivamente— contribuyeron al rescate de la Alameda a través del apisonado de andadores, la colocación de nuevos enrejados y la restauración de fuentes en el marco de la inauguración de su iluminado con doscientos mecheros de gas hidrógeno. Un año después, en 1873, se derribaron los muros que delimitaban su extremo norte, aun cuando la prensa capitalina alertó sobre los hechos “desagradables y criminales” que solían ocurrir por las noches (Cosío, 1993, p. 479). Bajo el

¹⁰ La integración de las plazuelas de Santa Isabel y San Diego supuso su desaparición definitiva y la formación de las calles Alameda y San Diego —posteriormente denominadas Ángela Peralta y Dr. Mora. Además, en los cuatro ángulos del jardín se crearon accesos para carros, jinetes y peatones, y se ordenó construir una quinta entrada principal hacia la calzada del Calvario —actual Avenida Juárez—, frente al convento de Corpus Christi.

régimen porfiriano (1876-1911), el alumbrado de gas fue gradualmente reemplazado por bombillas eléctricas, se pavimentaron banquetas y glorietas, e instalaron bancas de hierro fundido, estatuas vanguardistas, macetones neoclásicos y un kiosco morisco —pabellón nacional exhibido en la Exposición Industrial Universal de Nueva Orleans (1884)—, el cual fue removido para dar paso a la construcción del hemiciclo a Juárez —inaugurado durante los festejos conmemorativos del centenario de la independencia nacional en 1910. De cara al siglo XX, la Alameda se transformó en un corredor artístico con gran valor simbólico y recreativo, enclavado en la zona de mayor dinamismo económico y urbanístico de la Ciudad de México (Briseño, 2008; Pérez 2002).

El escritor Salvador Novo (1904-1974) situó en este periodo el registro probablemente más antiguo de comercio sexual masculino de la Ciudad de México, al identificar una amplia red de alcahuetes, clientes, facilitadores y sitios específicos de ligue e intercambio sexual. La Alameda era el lugar predilecto de la elite porfiriana para contratar o seducir varones de sectores populares. En su relato autobiográfico *La estatua de sal*, Novo (1945) narró el caso escandaloso de un señor “muy rico” que recorría la Alameda para “hacerse seguir, regando pesos fuertes por el suelo, por todos los desarrapados¹¹ descalzos hasta su casa, donde al sorprenderlo uno de sus hijos: a gatas, las blancas barbas por los suelos, se suicidó” (1945, p. 177-178). La anécdota ratificó la disponibilidad sexual de los varones —a cambio de un pago— que deambulaban o pernoctaban en la Alameda del *fin du siècle*. Paradójicamente, también reprodujo el estigma asociado al sexo entre varones, acrecentado tras la redada del “baile de los 41” en noviembre de 1901 (Bazant, 2005; Brito, 2010; Monsiváis, 2010).¹² La censura pública del baile (re)produjo la definición patológica de la homosexualidad como un mal burgués —vinculado con el afeminamiento del sujeto penetrado durante el coito— y sobrevaloró la virilidad de los obreros y jornaleros al justificar su fluidez sexual en términos de vulnerabilidad frente a la corrupción y el relajamiento de la moral (Palma, 2014).

¹¹ Varones pobres que visten harapos —ropa vieja, sucia y rota—.

¹² El 17 de noviembre de 1901 la policía capitalina irrumpió en una fiesta privada en la calle de la Paz, colonia Tabacalera, aparentemente a petición de vecinos quejosos. En el acto fueron arrestados 41 varones —la mitad travestidos— por atentar contra la moral y las buenas costumbres de la sociedad porfiriana de *fin du siècle*. Algunos de ellos —imposibilitados económicamente para obtener su libertad— fueron trasladados a la península de Yucatán para realizar trabajo forzado. La redada revistió interés público debido a que se rumoró la presencia del yerno del presidente Porfirio Díaz (1830-1915), Ignacio de la Torre (1866-1918), el cual logró escapar por la azotea antes de ser aprehendido. Finalmente, el escarnio social asociado al conservadurismo y la homofobia dotaron de gran simbolismo al número 41 —asociado con la homosexualidad— en la cultura popular mexicana.

El escritor y periodista Juan Carlos Bautista (2010) refiere que Novo identificó al jardín público como parte esencial del “área gay secreta” de la Ciudad de México, comprendida entre la calle Francisco I. Madero, la avenida San Juan de Letrán y las calles aledañas a la Alameda central, “donde el palpito conducía a tugurios clandestinos, burdeles y cuartuchos de vecindad” para sucumbir ante los llamados “vicios prohibidos” (p. 216). La ciudad, la calle y los espacios públicos suelen ser concebidos como el eje rector de la vida homosexual masculina por tratarse de sitios privilegiados para socializar, ligar o sostener encuentros sexuales azarosos y furtivos con otros varones (Langarita, 2013; Quiroga, 2010). Al respecto, el escritor puertorriqueño José Quiroga (2010) sostiene que los homosexuales están “marcados por una existencia callejera, un merodeo, una curiosidad” y su transmisión de saberes incorpora —a manera de crónica— “paisajes y formas de habitar, costumbres y modas” reales o ficticias, presentes o pasadas (p. 12-13). Esa existencia callejera y la necesidad de transmitir saberes estuvieron presentes en Novo, cuyo escrito autobiográfico devino —siguiendo a Bautista (2010)— “recuento asombroso de osadías, prodigios sexuales, humor perro y erudito, crónica de costumbres subterráneas, incursiones en los límites oscuros de la ciudad, en sus márgenes morales” (p. 213).

La experiencia vivencial de Novo refleja su peculiar modo de habitar y significar la Ciudad de México, urbe nocturna, prohibida y prostibularia que invita a “caminarla, sobrevivirla, erotizarla, forzar sus límites morales, saturarla, sumergirse en su caldo tumultuoso, multitudinario, para, al cabo, volverla íntima” (Bautista, 2010, p. 210). El cronista, escritor y periodista Carlos Monsiváis (1938-2010) refiere que la ciudad permitió vivir desenvueltamente su sexualidad a Novo y un nutrido grupo de intelectuales y profesionistas procedentes de provincia gracias a la emergencia del *ambiente* capitalino entre 1920 y 1940. El *ambiente* o “círculo de los entendidos” era una suerte de “gueto creado por la homofobia”, enunciado por “las libertades expresivas, los gustos compartidos, la creación de modas, las facilidades del ligue y la conformación de ‘familias gay’ o núcleos amistosos”¹³. Su conformación instituyó una serie de hábitos, costumbres y estilos de vida que devinieron principios rectores del deber ser homosexual capitalino, sobre todo a partir del culto a la apariencia y el “buen gusto”. Igualmente, supuso la apropiación de espacios bohemios

¹³ Carlos Monsiváis sostenía que el término *ambiente* era una adaptación del término *gay*, motivo por el cual “ser de ambiente” suponía “ser frívolo, entregado a la diversión, concentrado en la moda, al día en bailes y en ídolos del *show business*, experto en darle la vuelta al insulto homofóbico”. En otras palabras, “ser de ambiente es, al pie de la letra, ser gay, y en el concepto se entremezclan la americanización, la creación individual y colectiva de un estilo, y, a fin de cuentas, la obtención de espacios de seguridad” (2010, p. 146).

y la creación de redes de información sobre “seres accesibles” —jóvenes musculosos, de apariencia viril y “apetito sexual indiferenciado”— que frecuentaban las cantinas, cabarés y “espacios turbios” de la Alameda y San Juan de Letrán (Monsiváis, 2010, p. 106-107).

Los trabajos de intervención y remodelación de la Alameda fueron mínimos en estos años. En 1921 se inauguró —en el extremo este— el monumento al compositor y músico alemán Ludwig van Beethoven (1770-1827) para conmemorar los cien años de la *Novena Sinfonía* o *Sinfonía Coral* en el marco de los festejos conmemorativos del centenario de la consumación de la independencia nacional. Hoy en día, la estatua —alegoría de la rendición y el sufrimiento del alma— es conocida popularmente como el monumento al wawis [guagüis] —*fellatio* o sexo oral— en alusión directa a la representación plástica de un varón asido a las rodillas de un ángel y la permisividad sexual del jardín público. Entre 1931 y 1941 se adecuó una pérgola preexistente —instalada en 1911— para alojar la Galería de Arte de la Secretaría de Educación Pública (SEP) —posteriormente Galería de Artes Plásticas de la Ciudad de México, a cargo del DDF—, la redacción de la *Revista Tiempo* y la Librería de Cristal (Pérez, 2018; Vázquez, 2015). A mediados de siglo, la Alameda comenzó a acoger el ocio y la recreación de la gente pobre del centro de la Ciudad de México y fue testigo de la proliferación de espacios comerciales de *ambiente* y socialización —actualmente inexistentes— como el centro nocturno Capri, el bar Regis y el café Trevi (Boivin, 2013; Hernández, 2012).

Los planes de mejoramiento urbano emprendidos por el DDF modificaron sustancialmente el jardín público en 1973, con el adoquinado de glorietas y andadores, la construcción del drenaje profundo y la estación Bellas Artes del Sistema de Transporte Colectivo-Metropolitano (STC-Metro o, simplemente, metro), la demolición definitiva de la pérgola, la reforestación de prados y la reconstrucción de un kiosco sobre la acera norte —avenida Hidalgo— (Pérez, 2018; Vázquez, 2015). A principios de los años ochenta, el escritor y cronista José Joaquín Blanco ofreció otra perspectiva. En la novela *Las Púberes canéforas* (1983), Blanco señala la pervivencia del *ambiente* en un medio adverso y sórdido, representado por la Alameda y las calles abandonadas del centro histórico de la Ciudad de México. De modo específico, Blanco narra la historia de vida de Guillermo, un burócrata de 40 años —enamorado de un joven bisexual llamado Felipe— que vaga incesantemente por la Alameda y calles adyacentes en busca de “nuevas, más sucias y escondidas cantinas ilegales, con putas y chichifos cada vez más agrios, enfermos, viejos” (Blanco, 1983, p. 36).

El abandono de la Alameda se agravó a causa del terremoto del 19 de septiembre de 1985, pese a las obras de saneamiento y reconstrucción emprendidas por el DDF a través del Plan Alameda (1991), para revitalizar la zona mediante la inyección de capital público y privado (Hernández, 2014; 2015). En el extremo oeste de la Alameda, donde anteriormente se encontraba el Hotel Regis —colapsado durante el sismo—, se erigió el monumento a las víctimas del terremoto y la acción solidaria de la ciudadanía que, de inmediato, atendió la emergencia ante un gobierno rebasado. Este lugar de memoria incentivó, año tras año, la (re)activación cíclica del recuerdo y la confluencia de múltiples demandas de justicia social como el acceso a vivienda, trabajo y salario dignos, el acceso a la educación pública en nivel medio superior y superior, y la disidencia política, religiosa y sexual. De ese modo, la Alameda central y la denominada plaza de la Solidaridad comenzaron a recibir a los damnificados del terremoto que, en algunos casos, devinieron población en situación de calle, así como a otros actores marginados de la dinámica social urbana: vendedores ambulantes, tribus urbanas juveniles, travestis, sexoservidores, opositores al régimen, indígenas, gays, estudiantes y empleadas del hogar (Makowski, 2004; Moreno, 2017; Servín, 2012).

En ese contexto se (re)configuraron diversas prácticas, como la socialización a través del baile —clases callejeras y gratuitas de ritmos tropicales— y el juego —ajedrez, cartas, rayuela y, recientemente, patinaje—, el ligue entre varones, la práctica del *cruising* —encuentro sexual anónimo en espacios públicos—¹⁴ y el comercio sexual masculino. Este último adquirió mayor visibilidad en los medios noticiosos en 2011, tras el asesinato del activista gay y militante del Partido de la Revolución Democrática (PRD) Christian Iván Sánchez Venancio a mano de cuatro sexoservidores de la Alameda central (Bolaños, 2011; Cruz, 2011; Notimex, 2011). El caso de homicidio —acogido por la recién creada Agencia Especializada de Atención a la Diversidad Sexual de la ex Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF)— fue tipificado como crimen de odio en función de la reforma realizada en 2009 al artículo 138 del *Código Penal para el Distrito Federal* (GDF, 2002), pero acrecentó el estigma prevaleciente sobre el comercio sexual masculino y activó el miedo como dispositivo de control social.

En los albores del siglo XXI, el GDF emprendió múltiples obras de remodelación en la Alameda central con miras a su posicionamiento como corredor turístico en el corazón de la ciudad. Estas labores formaron parte del Programa Parcial de Desarrollo Urbano Centro Alameda (2000),

¹⁴ Existe una amplia literatura centrada en el estudio del *cruising* como práctica subversiva del orden moral y sexual imperante en occidente (Espinoza, 2020), así como de las experiencias locales en América Latina y España (Grau, 2015; Langarita, 2010; 2013; 2015; Perriñez, 2020; Ramírez, 2013; 2014; Rojas, 2016).

un ambicioso proyecto urbanístico que contempló la reapropiación del espacio público en la colonia Centro de la Ciudad de México a través de la gentrificación, el desplazamiento forzado de los sectores populares y la erradicación de sus usos y costumbres (Hernández 2014; 2015). Los trabajos de mayor impacto en la modificación y reapropiación social dieron comienzo la noche del 4 de marzo de 2012, cuando un contingente de cuatrocientos granaderos desalojó del jardín público a paseantes, vendedores ambulantes y personas en situación de calle (Servín, 2012). Una vez concluido el desplazamiento, se levantó un cerco con láminas de acero para impedir que los transeúntes interfirieran en las obras públicas de recuperación y saneamiento a cargo de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda (SEDUVI) y el Fideicomiso del Centro Histórico (Ramírez, 2012, p. 33). Entre los trabajos de rehabilitación y remodelación se contempló la plantación de árboles, la restauración de fuentes y esculturas, la construcción de cuatro nuevas fuentes y la peatonalización de las calles Ángela Peralta y Doctor Mora.

El 26 de noviembre de 2012 fue oficialmente reinaugurada la Alameda central y meses después, el 11 de junio de 2013, se instituyó el Comité de Salvaguarda y Administración, órgano consultivo encargado de coordinar los usos del jardín público, así como la conservación, limpia y vigilancia de fuentes, monumentos, prados y mobiliario urbano de conformidad con las instancias superiores del GDF¹⁵. El embellecimiento de la Alameda no sólo incentivó su atractivo turístico, sino que a través de la instalación de alumbrado público y cuerpos permanentes de vigilancia se pretendió erradicar el ambulante, el comercio sexual, la delincuencia y el sexo anónimo entre varones, actividades permitidas o incluso alentadas por el antiguo cuerpo de vigilancia, conformado por efectivos de la policía capitalina montada y motorizada. Tan sólo un año antes, el 22 de febrero de 2011, apareció en el diario *El Universal* una nota periodística firmada por Juan Pablo González (2011) que confirmó la existencia de un circuito sexual masculino entre la Alameda central y la plaza de Garibaldi, en donde es posible tener acceso a jóvenes varones. Es decir, el corredor turístico se encuentra inserto en una amplia zona geográfica del centro histórico de la Ciudad de

¹⁵ La recuperación de la Alameda central conllevó su reconocimiento como “espacio abierto monumental en la categoría de parque urbano”, administrado por un funcionario público designado por la Oficialía Mayor del GDF y un consejo consultivo integrado por cuatro especialistas procedentes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP). Actualmente, el jardín público cuenta con un restrictivo plan de manejo que limita su uso a “la recreación, el paseo y el disfrute de actividades cívicas, artísticas y de cultura física” (GDF, 2012, p. 3-5).

México propicia para la socialización, el encuentro erótico entre varones —*cotorreo*¹⁶, *cruising*— y, como se verá a continuación, el comercio sexual masculino.

El comercio sexual masculino en el corredor turístico Alameda central

Los jardines, parques y plazas públicas de la Ciudad de México constituyen actualmente uno de los principales puntos de encuentro y recreación de la población capitalina y foránea. En tanto espacios de dominio público regulados por una instancia que determina el desarrollo de actividades lúdicas y recreativas, permiten el libre acceso e intercambio de ideas, mercancías y servicios (Borja, 2003, p. 65). La ciudadanía (re)significa estos espacios al conferirles nuevos usos, contraviniendo las actividades para las que fueron originalmente proyectados. Es decir, los usuarios dotan a los espacios públicos de un uso social o “sentido socialmente construido” en función de sus intereses y necesidades cotidianas (Campos, 2011, p. 85). El corredor turístico Alameda central ha sido (re)configurado como un espacio de sociabilidad y recreación familiar con amplia tolerancia frente al *cruising* y el comercio sexual masculino, sobre todo en las noches cuando las bancas, fuentes y prados suelen convertirse en escenario del goce sexual entre varones, independientemente de su condición social, identidad de género u orientación sexual.¹⁷ Al respecto, *Abraham* —sexoservidor en situación de calle, originario de la Ciudad de México, 28 años— señaló que desde niño solía frecuentar la Alameda con el fin de observar los encuentros eróticos entre varones, pero dejó de hacerlo al ser víctima de abuso sexual —un señor lo sujetó y le bajó el pantalón para practicarle sexo oral sin su consentimiento— (comunicación personal, marzo 8, 2013).

Por su parte, *Luis* —prostituyente, originario de la Ciudad de México, 45 años— ratificó que la Alameda central era, por lo menos desde los años ochenta, una zona de intercambio y

¹⁶ El *cotorreo* es una práctica homosocial que —lejos de aludir a la burla o chiste malicioso— remite a la búsqueda de complicidad entre varones al establecer vínculos afectivos y, sobre todo, permisivos. Es decir, disimula o encubre el deseo homosexual de los varones gracias al anonimato, complicidad o secrecía pactada, del mismo modo que garantiza su fluidez y nomadismo sexual. El antropólogo Guillermo Núñez Noriega refiere que el *cotorreo* —en el contexto sonoreense— es una forma de resistencia en el campo sexual e íntimo de los varones a través de determinadas prácticas homoeróticas, sin replantear necesariamente su orientación sexual o identidad de género (2007, p. 291; 2001, p. 27).

¹⁷ Los espacios públicos reproducen los discursos de dominación imbricados en las relaciones de poder, con el fin de regular las relaciones sociales y las manifestaciones subjetivas —sexualidad, goce, deseo— de los individuos (Delgado, 2015). Empero, su apropiación y (re)significación posibilitan la manifestación de las múltiples sexualidades y expresiones de género —con sus propios mecanismos de inclusión/exclusión—, tensionando las dicotomías público/privado, hombre/mujer o masculino/femenino que sustentan el orden social heteronormado y el binarismo de género (Sabsay, 2011). Desde esta perspectiva, la Alameda central adquiere un carácter emancipatorio que permite a determinados varones velar por el reconocimiento de su derecho a la urbe y al goce de su sexualidad en tanto ciudadanos con cuerpos sexuados (Rance, 2001).

comercio sexual. *Luis* asiste con relativa frecuencia en busca de compañía sexual, ofreciendo a cambio posada en su casa, por los rumbos de la estación del metro Panteones —al norponiente de la Ciudad de México. Los sexoservidores de su predilección son jóvenes “guapos, varoniles, blancos y delgados, recién llegados de provincia”, es decir, varones en situación vulnerable que acceden motivados por el ofrecimiento de alimento, ropa limpia y un lugar seguro para dormir (comunicación personal, mayo 22, 2013). Cabe señalar que el corredor turístico cuenta con una posición privilegiada en el centro histórico de la Ciudad de México, al estar delimitado por cuatro arterias principales: el eje central Lázaro Cárdenas —extremo este— y las avenidas Balderas, Hidalgo y Juárez —extremos oeste, norte y sur, respectivamente. Estas dos últimas vías conectan al corredor turístico —a través del Paseo de la Reforma— con otro espacio tradicional de comercio sexual masculino: la Zona Rosa. Dicha zona se consolidó entre los años cincuenta y setenta como un barrio intelectual, pero hoy en día constituye la mayor área de socialización gay en el país, en estrecha relación con una actividad comercial en ascenso: el turismo sexual masculino (López, 2013; López y Carmona, 2008).

Las avenidas Juárez e Hidalgo facilitan el traslado peatonal y vehicular hacia las colonias Centro, Guerrero, Juárez y Tabacalera, extensa área dotada de la infraestructura hotelera suficiente para satisfacer la demanda de los sexoservidores y sus prostituyentes. Por su parte, el eje central Lázaro Cárdenas enlaza al corredor turístico con la plaza de Garibaldi y los barrios de San Juan de Letrán y Salto del Agua, espacios de tradición homosocial en el contexto capitalino por la profusión de bares, baños públicos, cabinas, cines porno, hoteles y *men's clubs* permisivos que estimulan el *cruising* y el comercio sexual. Finalmente, la avenida Balderas prolonga el circuito sexual desde el corredor turístico hasta la plaza de la Ciudadela, zona de *cruising* y comercio sexual masculino que adquirió preeminencia tras el cierre y remodelación de la Alameda central en 2012 (Guzmán, 2016). Otro de los factores asociados al dinamismo y proyección del corredor turístico como una zona de comercio sexual es la facilidad de desplazamiento de los sexoservidores y sus posibles clientes a través del metro, red de transporte público que cuenta con accesos emblemáticos en las estaciones Bellas Artes e Hidalgo —puntos de encuentro con dinámicas propias de socialización¹⁸.

¹⁸ En la estación Hidalgo confluyen las líneas 2 —Cuatro Caminos-Taxqueña— y 3 —Indios Verdes-Universidad— del STC-Metro, convirtiéndola en un sitio de gran afluencia de usuarios procedentes de la Ciudad de México y el Estado de México. Ambas líneas recorren la ciudad de norte a sur y sus ramales tienen múltiples conexiones que facilitan el desplazamiento desde diversos puntos neurálgicos de la zona metropolitana, como las líneas 1 —Pantitlán-Observatorio—, 8 —Garibaldi-Constitución de 1917— y B —Buenavista-Ciudad Azteca. Por su parte, la línea 8

De modo particular, la estación del metro Hidalgo se ha convertido en punto de referencia del comercio sexual y el ligue con varones de extracción popular, mientras que los varones de sectores medios acuden, con ese afán, a la estación División del Norte en la línea 3. En la jerga gay los varones de sectores populares suelen ser denominados —de manera indistinta— *mayates*¹⁹ o *chacales*²⁰, sujetos hiper masculinos que frecuentan vapores, parques y jardines públicos, cines y bares para socializar con gais, prostitutas, personas en situación de calle, *guachos*²¹ y *chichifos*²². En 2007, la Agencia de Noticias sobre la Diversidad Sexual (Anodis) elaboró un listado con los ocho principales Lugares Públicos y Privados de Intercambio Sexual (LUPIS), entre los cuales la Alameda central ocupó la sexta posición al acoger el ligue entre varones y el comercio sexual masculino. Los testimonios remitidos por la agencia redundaron en lo peligroso de la zona, visitada asiduamente por *chacales*, *chichifos*, indigentes, *guachos*, ladrones y *mayates*. *Daniel* —uno de los informantes— señaló que el ambiente era “padre”, pero no recomendó portar gran cantidad de dinero. En cambio, *Mezcal* pidió evitar a los *chichifos* —considerados “altamente peligrosos”— y realizar un recorrido previo “para ver cómo está la cosa, también para ver si hay policías, ya que por las noches visten ropa oscura y se meten a los matorrales” (Anodis, 2007, p.27).

La marginación y la peligrosidad social suelen ser asociadas a los lugares públicos donde se comercializa y consume sexo con el propósito de contener, disciplinar o reprimir los impulsos

complementa el traslado de usuarios de la zona oriente al centro histórico de la Ciudad de México, a través de las estaciones San Juan de Letrán y Bellas Artes —misma que tiene correspondencia con la referida línea 2.

¹⁹ La antropóloga Rosío Córdova señala que el término *mayate* es una voz de origen náhuatl que hace referencia a los escarabajos estercoleros, pero en el argot popular alude a los varones que representan la “figura masculina por excelencia del comercio sexual”. En general, es el varón que reivindica para sí una imagen hiper masculina, viril y sexualmente activa e insaciable, lo cual justifica sus encuentros sexuales con otros varones sin cuestionar su propia identidad sexual (2005, p. 228; 2011, p. 50).

²⁰ El término *chacal* remite al varón de extracción popular —proveniente de los denominados cordones de pobreza urbana— que presenta un aspecto varonil, comúnmente aderezado con ciertos rasgos de agresividad y rudeza, sin que esto conlleve necesariamente un rol activo o penetrador durante la cópula sexual.

²¹ El término *guacho* alude al soldado que se prostituye en sus días francos o al desertor que sigue preservando su apariencia militar por estar asociada con una imagen viril. El antropólogo Patricio Villalva refiere que es posible hallar en el mercado sexual a múltiples sexoservidores que imitan a los militares en sus actitudes, cortes de cabello y vestimentas o, incluso, “han aprendido a relatar, con lujo de detalles, pasajes de su supuesta vida militar” debido a que en el imaginario homosocial han sido provistos de una mayor virilidad. Asimismo, Lara Ripoll señala que los *guachos* cuentan con su propia zona de trabajo en las inmediaciones del Campo Militar No. 1 —al norte de la ciudad, en el Estado de México—, donde “hombres de condición social media-baja se acercan a contratar los servicios de los jóvenes soldados, por tarifas en torno a los 300 pesos, aunque casi todos aceptan el regateo”. Ripoll advierte que estos varones acostumbran a ir de civil, pero ante la menor provocación ostentan su grado militar y “algunos se atreven a mostrar fuzamente la cadanita con la placa que llevan al cuello” (Villalva, 2011, p. 116; Ripoll, 2002).

²² El término *chichifo* alude a los varones que ejercen la prostitución o —en un sentido más amplio— que obtienen beneficios económicos y materiales por su apariencia física —belleza y juventud—, carisma y disponibilidad sexual. Víctor Silva y Elizabeth Jiménez (2015) señalan que los *chichifos* se diferencian de los sexoservidores por la discreción de su vestimenta, fácilmente reconocible por sus clientes —generalmente varones “maduros”—.

eróticos de la población. El escritor y poeta Pat Califia (1991) sostiene que los espacios urbanos destinados a los encuentros eróticos han sido jerarquizados en función de su (in)aceptabilidad social, pues mientras el lecho nupcial es valorado positivamente, los lugares públicos de intercambio sexual anónimo o comercial —cabinas, transporte público, vapores, zonas rojas— son estigmatizados. Esta jerarquización del deseo responde a una zonificación del espacio urbano, es decir, la división física o simbólica del territorio en secciones reservadas para usos específicos: comerciales, culturales, educativos, industriales, laborales, residenciales y sexuales. La zonificación pretende ordenar la urbe y controlar el deseo sexual desde una perspectiva civilizatoria y moralizante. Desde esa óptica, el espacio idóneo para el sexo con fines reproductivos sería el hogar, en tanto que el sexo anónimo y comercial tendrían cabida en el espacio público y, de manera específica, en lugares sórdidos y marginados signados por la transgresión de las normas sociales imperantes sobre el uso y disfrute del cuerpo —con moral y recato— en occidente: barrios pobres, puentes peatonales y vehiculares, zonas manufactureras y, desde luego, jardines y parques públicos.

La zonificación del sexo anónimo y comercial masculino en la Ciudad de México está ceñida, igualmente, a zonas marginadas con el fin de contener los impulsos sexuales de la población mediante la activación de un dispositivo de control social: el miedo asociado a la supuesta “peligrosidad” del espacio público y los sexoservidores. Pese a ello, la ciudad constituye el principal destino nacional de turismo sexual masculino, actividad económica estrechamente vinculada con la llegada masiva de migrantes que incentivan —mediante su inserción o demanda— el comercio sexual callejero.²³ Los geógrafos Álvaro López López y Rosaura Carmona Mares (2008) diferenciaron diversas modalidades del comercio sexual masculino capitalino en función del gasto ejercido por el prostituyente: desde la contratación de *escorts* —acompañantes premium o nivel ejecutivo—, masajistas y *strippers* —bailarines eróticos— por internet o vía telefónica, hasta el cobro mínimo ligado a la prostitución *trottoir* o callejera. Esta última modalidad es la más común y suele proliferar en los jardines, parques y plazas públicas del centro histórico, en las

²³ Los migrantes nacionales y extranjeros que no logran insertarse en el mercado laboral formal de la Ciudad de México suelen engrosar las filas del desempleo, situación que los orilla a realizar actividades económicas informales o, incluso, ilícitas. En algunos casos, devienen población en situación de calle o acceden al comercio sexual para garantizar su sobrevivencia en condiciones adversas. Desde una perspectiva interseccional (Hernández, 2018; Viveros, 2016), la población migrante —proveniente, principalmente, del sur y el sureste mexicano— se encuentra sujeta a diversos tipos de opresión social —clase, raza, procedencia regional, capacitismo— que vulneran sus derechos fundamentales y condicionan su inserción en espacios socialmente marginados o invisibilizados. Esta misma situación se replica en otros sectores poblacionales socialmente excluidos del mercado laboral formal capitalino a causa de la edad, el capacitismo o el origen social, como es el caso de los jóvenes estudiantes y obreros que recurren al comercio sexual como actividad económica complementaria para cubrir sus gastos diarios.

centrales camioneras —norte y oriente, principalmente—, en los Centros de Transferencia Modal (CETRAM) del STC-Metro y en las zonas industriales y militares del Valle de México.

En el caso de la Alameda central, el comercio sexual masculino ha adquirido mayor presencia y vitalidad debido a su notable incremento, pues actualmente constituye la única fuente de ingresos para un grupo itinerante de aproximadamente cincuenta jóvenes marginados de la oferta laboral por su condición migrante o de minoridad, por carecer de documentación oficial, experiencia laboral y un domicilio estable o, en algunos casos, por tener antecedentes penales. La edad promedio de estos jóvenes oscila entre los 17 y los 30 años, pero es común la presencia de niños y adolescentes que simulan mayor edad. El ideal estético consiste esencialmente en cuerpos bronceados y fornidos, pero ante la presencia de migrantes y personas en situación de calle el corredor turístico se ha especializado en la oferta de cuerpos lánguidos, heridos o mutilados. Es decir, el cuerpo menesteroso ha devenido objeto de consumo en una zona marginal donde priva la fetichización de la ropa ajada, ensangrentada, sudorosa y sucia. La erotización de los jóvenes sexoservidores corre paralela a su construcción identitaria como sujetos potencialmente peligrosos, situación que contradictoriamente suele acrecentar su capital simbólico en el mercado sexual de la Ciudad de México. Además, la concepción falocéntrica de la cópula sexual y la idealización de los sexoservidores como sujetos compulsivos e impulsivos ha delineado sus estándares de desempeño sexual, forzándolos a responder de manera lasciva en todo momento.

El nutrido grupo de sexoservidores del corredor turístico —integrado por estudiantes, obreros, migrantes y personas en situación de calle— se complementa con la incursión de militares o exmilitares procedentes del Campo Militar No. 1, ubicado en el municipio de Naucalpan, Estado de México, en los límites con la Ciudad de México. Paco Calderón (2010), refiere que la Alameda central es visitada diariamente por varones “ansiosos de sexo ocasional” con jóvenes militares o proletarios que aprovechan sus días de descanso para obtener un ingreso económico adicional (p. 12-15). El desplazamiento de los jóvenes militares hasta el centro histórico de la Ciudad de México es posible gracias a la línea 2 del metro —Cuatro Caminos-Taxqueña— y la ruta de microbuses que recorre la calzada México-Tacuba, desde el extinto Toreo de Cuatro Caminos hasta la estación del metro Hidalgo. El arribo de estos jóvenes ha conllevado la excesiva valoración monetaria y simbólica de determinadas actitudes y atributos comúnmente asociados a un modelo hegemónico de masculinidad castrense, como el uso de vestimenta, modismos y accesorios, el corte de cabello, el tatuado corporal o la vehemente demostración de fuerza física.

Sin embargo, el atributo de mayor valía social en el ejercicio del comercio sexual masculino es, sin lugar a duda, el tamaño de los genitales. En ese sentido, *Jorge* —sexoservidor, originario del Estado de México, 24 años— señaló que “la apariencia cuenta mucho”, pero más el tamaño del pene porque de eso depende la satisfacción del cliente y la frecuencia de sus visitas (comunicación personal, agosto 9, 2013). De modo similar, los sexoservidores en situación de calle *Alfredo* —18 años— y *Alejandro* —23 años— aseveraron que el tamaño de sus penes garantizaba la obtención de una mayor paga. *Alfredo* —originario de la Ciudad de México— refirió que los prostituyentes suelen examinar minuciosamente la dimensión de su pene para garantizar la obtención de placer sexual, pero le conflictúa que le soliciten vestir los uniformes escolares y prendas personales de sus hijos y nietos (comunicación personal, agosto 8, 2013). Por su parte, *Alejandro* —originario del estado de Puebla— afirmó haber llegado a la ciudad huyendo de la miseria, pero al no conseguir trabajo como carpintero o albañil mendigó por las calles del centro histórico y comenzó a fumar marihuana, inhalar solventes y beber en exceso para sostener encuentros sexuales con varones a cambio de un pago, pues —al igual que la mayoría de los informantes— sigue asumiéndose heterosexual (comunicación personal, agosto 8, 2013). En otros casos, la estimulación manual, las revistas y películas porno, el uso de ligas o la recurrente feminización del cliente permiten a estos varones sostener una erección prolongada o un encuentro sexual.

El testimonio de *Alejandro* corrobora la existencia de un vínculo indisoluble entre el comercio sexual y el consumo desmedido de alcohol y otras sustancias psicoactivas o psicotrópicas, como la marihuana y la cocaína. En cambio, el testimonio de *Alfredo* evidencia el interés deliberado de algunos prostituyentes por obtener compañía afectiva mediante el pago monetario o en especie —ropa, calzado, bebidas, alimentos, accesorios, artículos de aseo personal. Entre los varones que consumen sexo es posible hallar a padres de familia, adultos mayores y, en menor medida, jóvenes ansiosos de experimentar sexualmente con otros varones. La edad promedio de los prostituyentes oscila entre los 16 y los 50 años, mientras que sus ocupaciones e ingresos económicos suelen ser disímiles, pues las tarifas de los sexoservidores varían en función de su apariencia física, el tamaño de sus genitales y el tipo de servicio. Por ejemplo, *Jorge* —sexoservidor, originario del Estado de México, 24 años— afirmó que los *chavos de la calle* se conforman con bebidas alcohólicas, sustancias inhalantes o cincuenta pesos, mientras que él goza de absoluta libertad para establecer sus propias tarifas. Si se siente atraído física y sexualmente por el solicitante reduce el costo o accede al coito sin cobro alguno —salvo el pago del hotel o los baños de vapor—; de lo contrario,

establece costos en función de la actividad sexual: “sexo oral unos ciento cincuenta o doscientos pesos, sexo con penetración a trescientos cincuenta y si quieren que yo me venga subo a cuatrocientos, cuatrocientos cincuenta” (comunicación personal, agosto 9, 2013).

El tamaño “descomunal” de los genitales no conlleva, necesariamente, el ejercicio del rol activo durante la cópula sexual, pues algunos sexoservidores acceden a ser penetrados —incluso sin preservativo— para satisfacer las necesidades del prostituyente con la promesa de obtener una mayor retribución económica²⁴. Al respecto, *Abraham* —sexoservidor en situación de calle, originario de la Ciudad de México, 28 años— refirió que suele (re)negociar los roles sexuales con anticipación, pero sin mucha insistencia porque “el hambre y la necesidad son canijas” (comunicación personal, marzo 8, 2013). Del mismo modo, *Brandon* —sexoservidor, originario del estado de Guerrero, 18 años— y *Kevin* —sexoservidor, originario del estado de Oaxaca, 21 años— afirmaron fungir el rol activo o pasivo durante el coito para cubrir el pago de sus estudios a nivel bachillerato con carreras técnicas en diseño gráfico y preparación de alimentos y bebidas, respectivamente, en instituciones privadas de la Ciudad de México. El caso de *Brandon* es peculiar debido a que fue el único sexoservidor que se asumió gay y cuenta con pareja sentimental, pero la falta de oportunidades laborales lo orilló a ejercer el comercio sexual en la Alameda central desde enero de 2020. No obstante, el distanciamiento social y el encierro forzado, decretados en marzo de 2020 por el gobierno federal como medida preventiva ante la pandemia de Covid-19, redujeron drásticamente sus ingresos económicos, obligándolo a aceptar cualquier propuesta sexual con tarifas ínfimas y sin uso de preservativo (comunicación personal, octubre 16, 2020).

La soledad cotidiana y el impulso sexual motivan a los prostituyentes a recorrer el corredor turístico en busca de sexoservidores que satisfagan sus necesidades erótico-afectivas. Esa incesante búsqueda de compañía y la diversidad de prácticas sexuales negociadas entre los sexoservidores y sus prostituyentes fueron testimoniadas en el documental *Sexo, soledad y Alameda central*, dirigido y producido por Ángel Sigismondi (2009). El material documenta, a través de los testimonios de *Jacobo F.*, *Simona N.* y *Milo A.*, las diversas relaciones de poder imbricadas en el ejercicio del comercio sexual, pues tanto el sexoservidor como el prostituyente controlan y subordinan al *otro* en función del deseo y sus necesidades ingentes —erótico-afectivas, económicas o materiales. Los

²⁴ Los sexoservidores entrevistados conocen, de modo general, la importancia del uso del condón para prevenir la transmisión de enfermedades e infecciones venéreas. Incluso, en la Ciudad de México existen campañas de sensibilización y reparto de condones —auspiciadas por organismos públicos y privados— enfocadas en los denominados grupos de riesgo, entre ellos los sexoservidores y la población en situación de calle.

varones entrevistados por Sigismondi están hiper especializados en la oferta de servicios sexuales concretos, pues mientras *Milo A.* satisface los fetiches de sus prostituyentes con tarifas oscilantes entre los cien y trescientos pesos, *Jacobo F.* se asume *escort*, razón por la cual algunos clientes suelen percibirlo o presentarlo públicamente como pareja sentimental.

La convivencia cotidiana entre sexoservidores y prostituyentes puede llegar a propiciar el establecimiento de vínculos afectivos²⁵. Ese ha sido el caso, por ejemplo, de los sexoservidores *Jorge*, *Mauricio* y *Ramsés*. *Ramsés* —originario del estado de Morelos, 30 años— refirió que en su pueblo le advirtieron sobre “lo perverso” que solían ser los varones de la Ciudad de México, situación que aprovechó para ejercer el comercio sexual en el cine Teresa —eje central Lázaro Cárdenas— y, años más tarde, en el corredor turístico Alameda central. La asiduidad de algunos clientes facilitó el establecimiento de amistades entrañables que, de vez en cuando, le invitan a viajar por el interior del país (comunicación personal, mayo 1, 2013). Por su parte, *Jorge* —24 años— y *Mauricio* —originario del estado de Chiapas, 27 años— se identifican abiertamente bisexuales y han logrado establecer relaciones amorosas con algunos de sus clientes, pero estas han concluido rápidamente a causa de los celos y la incompatibilidad de caracteres, actividades y horarios laborales (comunicación personal, agosto 9 y junio 10, 2013). En el siguiente apartado se analiza la experiencia de vida de *Mauricio*, con el objeto de ilustrar la dinámica de inserción de un joven migrante —marginado del mercado laboral capitalino— en el comercio sexual masculino del corredor turístico Alameda central.

Mauricio: marginación y vulnerabilidad social en el ejercicio del comercio sexual ²⁶

En el año 2001, *Mauricio* llegó a la Ciudad de México —procedente de San Cristóbal de las Casas, Chiapas— en busca de trabajo como chalán o ayudante de albañil. Tenía tan solo quince años, pero traía consigo un cúmulo de sueños y metas por cumplir. Entre sus planes contemplaba la búsqueda de estabilidad laboral y emocional, pues en su tierra natal le fue negada la mano de su novia por carecer de recursos económicos y bienes materiales. De hecho, esa situación precipitó su salida de Chiapas, debido a que su futuro suegro condicionó —a escondidas de la familia— la aprobación y formalización del noviazgo a cambio de una satisfacción de índole sexual. El trato consistía en el

²⁵ El establecimiento de vínculos afectivos y relaciones de pareja sexoservidor-cliente en la Alameda central ha sido objeto de análisis del antropólogo Patricio Villalva (2011) y el historiador Sergio Moreno Juárez (2018).

²⁶ El presente apartado fue elaborado a partir de la información proporcionada por *Mauricio* —27 años—, cuyo testimonio fue recogido en la plaza de la Solidaridad, Ciudad de México (comunicación personal, junio 10, 2013).

sostenimiento de un encuentro sexual entre *Mauricio* y su entonces futuro suegro, supuestamente para “chechar la mercancía”. *Mauricio* accedió a “coger[se] al pinche ruco” para obtener su consentimiento, pero una vez consumado el acto su futuro suegro se desentendió y lo desacreditó públicamente al cuestionar su hombría y orientación sexual. La gente comenzó a hacer eco de las habladurías del exsuegro, quien llegó a afirmar que *Mauricio* era “menos hombre” por vincularse afectiva y eróticamente con otros varones —sin hacer mención alguna de su propio encuentro sexual. Ante esta situación, *Mauricio* emprendió el viaje sin retorno a la capital del país para evitar cualquier confrontación y evadir la consabida reafirmación pública de su hombría a golpes.

Esa primera experiencia sexual reafirmó la bisexualidad de *Mauricio* y propició el sostenimiento de encuentros eróticos con otros varones durante el trayecto de su viaje al centro del país a cambio de un *raite* —aventón o viaje gratuito. Una vez establecido en la capital, fue víctima de discriminación por su tono de piel y la deformación física de su mano derecha a raíz de la explosión de un cohete durante su niñez. La falta de estudios, documentación oficial y un domicilio estable acrecentó su marginación y vulnerabilidad social, al grado de imposibilitar su acceso al mercado laboral formal de la Ciudad de México. Esta situación lo orilló a mendigar en el centro histórico y a realizar trabajos eventuales en el corredor turístico Alameda central como lavalozas, mandadero y preparador de alimentos —cocteles de fruta, fritangas, jugos y tortas— en los negocios informales establecidos en la avenida Balderas y la explanada del Centro Cultural José Martí. El trato cotidiano con los sexoservidores y prostituyentes le permitió corroborar la existencia de un mercado sexual masculino —lenguaje corporal, bares (semi)clandestinos, baños y vapores públicos permisivos, hoteles, tarifas por duración y tipo de servicio—, pues en su tierra natal existe una red informal de saberes articulada por varones de mayor edad que en su juventud emprendieron el viaje a la Ciudad de México para ejercer el comercio sexual.

Con el paso del tiempo, *Mauricio* se insertó en el comercio sexual y estableció vínculos afectivos con algunos clientes, pero todas sus relaciones concluyen —al cabo de dos o tres meses— a causa de los celos porque él disfruta “ser libre, andar en la calle cotorreando, en el desmadre”. Es común que sus parejas en turno le exijan exclusividad sexual y lo hospeden en habitaciones de hotel o en sus propias casas para evitar que siga prostituyéndose o estableciendo contacto con otros varones, situación que contraviene su gusto por la calle y precipita el fin de la relación. En cambio, ha logrado sostener relaciones de pareja más duraderas con algunas de las sexoservidoras que laboran en las avenidas Hidalgo y Puente de Alvarado —actualmente México-Tenochtitlan—, en

las inmediaciones del corredor turístico. Desde hace dos años, por ejemplo, mantiene un vínculo amoroso con *Ana* —originaria de la Ciudad de México, 24 años—, una sexoservidora en situación de calle. Ella está plenamente consciente del trabajo que desempeñan ambos, por eso no manifiesta celos cuando llegan los “patos” —clientes— a “robárselo” durante unas cuantas horas o días enteros. Además, ha pensado en vivir con él en un cuarto rentado al norte de la ciudad, con la intención de procrear un hijo —ella tiene una hija de 8 años bajo el cuidado de sus familiares, pero no la visita— (comunicación personal, agosto 8, 2013).

La ardua competencia en el ejercicio del comercio sexual masculino ha orillado a *Mauricio* a moldear su cuerpo en función del ideal estético prevaeciente en el corredor turístico, priorizando el bronceado, el desarrollo de musculatura y el tatuado corporal. Este proceso activo e inacabado de transformación corporal —a partir de sus múltiples usos y posibilidades— es el encargado de producir identidades y deseos sexuales en la experiencia de vida de las personas (Weeks, 2011, p. 65). De ese modo, la imagen hiper masculina que *Mauricio* intenta proyectar se encuentra en continua (re)elaboración y, día tras día, agrega determinados elementos que le permiten exhibir su musculatura —playeras monocromáticas de tirantes—, reafirmar su disponibilidad sexual —jeans ajustados con la bragueta intencionalmente abierta— y simular ser un efectivo militar —corte de cabello “a casquete corto” y una placa metálica grabada con su información personal colgada al cuello—, debido a que el aire marcial supone una mayor remuneración económica en el mercado sexual capitalino. Asimismo, se perforó el lóbulo de la oreja izquierda y tatuó los brazos y la espalda para acrecentar su atractivo visual y lograr parecerse “más a los chavos de acá”.

Igualmente, *Mauricio* aprendió el lenguaje corporal implementado por los sexoservidores para atraer a los posibles clientes: mirada lasciva, lengüeteo constante y obstinado tocamiento de la entrepierna para reafirmar su disponibilidad sexual. No obstante, utiliza como anclaje la continua exhibición del pene para resaltar la presencia de una pieza tallada en forma de corazón²⁷ que, posiblemente, se incrustó durante alguno de sus confinamientos en el Reclusorio Preventivo Varonil Norte (RENO) acusado injustamente de robo, intento de extorsión o asociación delictuosa. Esta práctica es frecuente en el contexto del comercio sexual masculino, pues de ese modo los

²⁷ La incrustación de objetos en el pene, con el fin de acrecentar el placer sexual, es una práctica ampliamente extendida a nivel mundial. En Cuba, algunos varones se introducen perlas, mientras que los reos australianos suelen tallar piezas de vidrio o fichas de dominó. El método consiste en abrir el canal del pene con cuchillas de afeitar, colocar la pieza en la posición deseada y sellar la herida —mientras cicatriza— con cinta de aislar. En una encuesta realizada a 1900 varones reclusos en una prisión de Nueva Gales del Sur, Australia, el 6% refirió haberse incrustado objetos en el pene —75 % lo hizo en prisión—, la mayoría eran jóvenes —entre 18 y 34 años— y de ascendencia asiática (Error, 2013).

prostituyentes evaden el pago una vez consumado el acto sexual. En el peor de los casos —refiere *Alfredo*—, los sexoservidores mueren desangrados en los hoteles, vapores y baños públicos a causa de las heridas propinadas con arma blanca o punzocortante por los propios clientes (comunicación personal, agosto 8, 2013). Finalmente, la pieza incrustada en el pene de Mauricio tiene una doble función: por una parte, intensifica el placer sexual de su prostituyente o pareja en turno y, por otra, acrecienta su cotización económica y erótico-afectiva en el reñido negocio del comercio sexual masculino en una de las zonas más emblemáticas del centro histórico de la Ciudad de México: el corredor turístico Alameda central.

Reflexiones finales

La Alameda central —el paseo histórico más antiguo del continente americano— ha sido objeto de múltiples usos y apropiaciones sociales a través del tiempo. Entre los siglos XVI y XIX fue el principal espacio de socialización informal de las elites de la Ciudad de México y, tras la obtención de la independencia nacional, devino escenario para la conmemoración de la gesta insurgente. Además, desde la segunda mitad del siglo XIX comenzó a acoger otro tipo de dinámicas sociales —asociadas a su apertura definitiva al público— que perviven hasta nuestros días, como el ligue entre varones o la recepción de población migrante y en situación de calle. Actualmente, el corredor turístico Alameda central sigue permeando el imaginario social capitalino como referente de un espacio público sexualizado, con amplia tolerancia ante el comercio sexual masculino y el intercambio sexual entre varones. De modo específico, el jardín público es concebido como una zona de intensa actividad sexual ligada a la contratación de sexoservidores a bajo costo ante la continua circulación de varones en condición de precariedad económica, laboral y social.

El comercio sexual masculino ha sido comúnmente invisibilizado en los registros oficiales y en las narrativas históricas, a pesar de que actualmente constituye una de las principales formas de subsistencia de un grupo heterogéneo de varones en condiciones adversas —exclusión laboral, minoría de edad, necesidad económica, situación de calle. El ejercicio de esta actividad económica ha permitido a algunos sexoservidores ampliar sus redes de amistad, complementar o solventar sus gastos diarios, consolidarse en el mercado sexual capitalino en sus diversas modalidades —sin cuestionar necesariamente su identidad de género u orientación sexual— y, en algunos casos, establecer relaciones de pareja con sus prostituyentes o incluso con otras/os sexoservidoras/es. Igualmente, los prostituyentes siguen escapando al registro social, a pesar de ser los responsables

de la pervivencia del comercio sexual masculino en el corredor turístico y en otras zonas de atractivo turístico en la Ciudad de México, como la plaza de Garibaldi o la Ciudadela. En general, espacios públicos con dinámicas específicas de socialización, ligue e intercambio sexual entre varones que requieren estudios pormenorizados para visibilizar, problematizar y analizar el ejercicio del comercio sexual masculino en el centro histórico de la Ciudad de México.

El estudio de las experiencias de vida permite dar voz a los actores comúnmente marginados de la dinámica social a partir de la activación de mecanismos de inclusión y exclusión. Este es el caso, por ejemplo, de los varones en situación vulnerable —migrantes, jóvenes estudiantes, población en situación de calle— que ejercen el comercio sexual bajo condiciones adversas de criminalización y discriminación social y étnico-racial en espacios públicos sexualizados o zonificados. La experiencia de vida de *Mauricio*, analizada líneas arriba, permite corroborar la existencia de múltiples mecanismos de exclusión e inclusión que forzaron, en un primer momento, la salida de su tierra natal y, en un segundo momento, su inserción en el comercio sexual masculino. Finalmente, el comercio sexual como actividad económica y de socialización ha permitido a *Mauricio* —y a otros varones— significar y resistir a la urbe desde sus márgenes, posicionándose en el centro como un cuerpo sexuado, objeto de consumo y deseo que, día con día, tensiona la hegemonía heterosexual imbricada en el orden socioespacial de la Ciudad de México.

Referencias Bibliográficas

- Albaronedo, Antonio. (2015). La alameda, un jardín público de árboles y agua. Origen y evolución del concepto. *Anuario de Estudios Americanos*, 72(2), 421-452.
<https://doi.org/10.3989/aeamer.2015.2.02>
- Anodis (2007). Lugares públicos y privados de intercambio sexual. <http://anodis.com>
- Bautista, Juan. (2010). La noche al margen. Brevísimas relaciones de la vida nocturna gay. En Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (coords.). *México se escribe con J: una historia de la cultura gay* (pp. 209-228). México: Temas de hoy.
- Bazant, Mílada. (2005). Crónica de un baile clandestino. *Documentos de Investigación*, (97), 1-21.
- Blanco, José. (1983). *Las púberes canéforas*. México: Océano.

- Boivin, Renaud. (2013). De cantinas, vapores, cines y discotecas. Cambios, rupturas e inercias en los modos y espacios de homosocialización de la ciudad de México. *Revista latinoamericana de geografía e género*, 4(2), 118-133.
<https://doi.org/10.5212/Rlagg.v.4.i2.118133>
- Bolaños, Claudia. (2011). Caen 4 por asesinato de activista gay. El Universal (11 de agosto).
Recuperado de: <https://archivo.eluniversal.com.mx/ciudad/107476.html>
- Borja, Jordi. (2003). La ciudad es el espacio público. En Patricia Ramírez Kuri (coord.). *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía* (pp. 59-87). México: FLACSO/Miguel Ángel Porrúa.
- Briseño, Lillian. (2008). Candil de la calle, oscuridad de su casa. La iluminación en la ciudad de México durante el porfiriato, México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ Miguel Ángel Porrúa.
- Brito, Alejandro. (2010). Prólogo. Del clóset a la calle. Para ya no ser menos que nadie. En Carlos Monsiváis. *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual* (pp. 17-45). México: Paidós/Debate Feminista.
- Calderón, Paco. (2010). Prostitución gay. Cogen, le pagas y se va. *Pink* (2), 12-15 y 22.
- Califia, Pat. (1991). The City of Desire: It's Anatomy and Destiny. *Invert: The Journal of Gay and Lesbian Sensibility*, 2(4), 13-16.
- Campos, Georgina. (2011). El origen de la plaza pública en México: usos y funciones sociales. *Argumentos*, 24(66), 83-118.
- Córdova, Rosío. (2005). Vida en los márgenes: la experiencia corporal como anclaje identitario entre sexoservidores de la ciudad de Xalapa, Veracruz. *Cuicuilco*, 12(34), 217-238.

- Cosío, Emma. (1993). La vida cotidiana. En Luis González, Emma Cosío de Villegas y Guadalupe Monroy. *Historia moderna de México. La república restaurada: la vida social* (pp. 451-525). México: Hermes.
- Cruz, Filiberto. (2011). Asesinan a activista gay; la PGJDF investiga crimen de odio. *Excélsior* (25 de julio). Recuperado de: <https://www.excelsior.com.mx/2011/07/25/comunidad/755920>
- Delgado, Manuel. (2015). *El espacio público como ideología*. Madrid: Catarata.
- Eror, Aleks. (2013). Prisioneros australianos se hacen sus propios implantes de pene. *Vice* (28 de marzo). Recuperado de: <https://www.vice.com/es/article/prisioneros-australianos-se-hacen-sus-propios-implantes-de-pene>
- Espinoza, Alex. (2020). *Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical*. España: Dos bigotes.
- Fernández, Manuel. (2015). Las alamedas en la España moderna. Interpretación histórica de un espacio urbano. *Anuario de Estudios Americanos*, 72(2), 453-482
<https://doi.org/10.3989/aeamer.2015.2.03>
- Gage, Thomas. (1987). *Viajes por la Nueva España y Guatemala*, Madrid: Historia 16.
- Galindo y Villa, Jesús. (1925). *Historia sumaria de la ciudad de México*. México: Cultura.
- García, Isaura. (2002). Los espacios públicos nocturnos en la modernización de la ciudad de México. En Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros (Eds.). *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX* (pp. 224-252). México: Juan Pablos/Instituto de Cultura de la Ciudad de México.
- GDF. (2012). Decreto para la salvaguarda y administración de la Alameda central de la ciudad de México en su carácter de espacio abierto monumental en la categoría de parque urbano. *Gaceta Oficial del Distrito Federal* (27 de noviembre), XVII(1490), 3-5.

- GDF. (2002). Código Penal para el Distrito Federal. <https://www.congresocdmx.gob.mx/media/documentos/9cd0cdef5d5adba1c8e25b34751ccfdcca80e2c.pdf>
- González, Juan. (2011). Las 7 “zonas rojas” en el DF. El Universal DF (22 de febrero). Recuperado de: <http://www.eluniversaldf.mx/home/nota20872.html>
- Grau, Arantxa. (2015). Cruising y e-citas: un nuevo contexto para los encuentros sexuales entre hombres jóvenes que tienen sexo con hombres. *Cadernos de Saúde Pública*, 31(11), 2303-2312. <https://doi.org/10.1590/0102-311X00000215>
- Guzmán, Sharenii. (2016). Prostitución. Trabajo que también ejercen hombres. El Universal (21 de diciembre). Recuperado de: <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/metropoli/cdmx/2016/12/21/prostitucion-trabajo-que-tambien-ejercen-hombres>
- Hernández, Aniol. (2018). Opresión e interseccionalidad. *Dilemata. Revista internacional de éticas aplicadas*, 10(26), 275-284.
- Hernández, Adrián. (2012). Pintura y paisaje: un recorrido por la Alameda Mexicana. *Cuadernos Geográficos*, 51(2), 144-156.
- Hernández, Adrián. (2014). La reconquista de la ciudad: gentrificación en la zona de la Alameda Central de la Ciudad de México. *Anuario de Estudios Urbanos. Historia, cultura y diseño* 2013, (20), 241-267. <https://doi.org/10.24275/TIRV5607>
- Hernández, Adrián. (2015). Gentrificación y desplazamiento: la zona de la Alameda, Ciudad de México. En Víctor Delgadillo, Ibán Díaz y Luis Salinas (coords.). *Perspectivas del estudio de la gentrificación en México y América Latina* (pp. 255-273). México: Instituto de Geografía-Universidad Nacional Autónoma de México.

- Langarita, José. (2010). *Intercambio sexual en espacios públicos: la práctica del cruising en el parque de Montjuïc, Barcelona* (tesis de maestría). Universidad de Barcelona, Barcelona, España.
- Langarita, José. (2013). Ciudad, sexo y estigma. Una aproximación a la práctica del sexo anónimo entre varones en espacios públicos. En José María Valcuende del Río, María J. Marco Macarro y David Alarcón Rubio (coord.). *Estudios sobre diversidad sexual en Iberoamérica* (335-342). Sevilla: Aconcagua.
- Langarita, José. (2015). *En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres*. Barcelona: Bellaterra.
- López, Álvaro. (2013). Trabajo sexual masculino en contextos turísticos de la Ciudad de México. En Álvaro López y López y Anne Marie van Broeck (coords.). *Turismo y sexo en México: cuerpos masculinos en venta y experiencias homoeróticas. Una perspectiva multidisciplinaria* (pp. 135-180). México: Instituto de Geografía-UNAM.
- López, Álvaro y Rosaura Carmona Mares. (2008). Turismo sexual masculino-masculino en la ciudad de México. *Teoría y praxis*, (5), 99-112.
<https://doi.org/10.22403/UQROOMX/TYP05/07>
- Luque, Emilio. (2015). Conformación y características de las alamedas y paseos en ciudades de Hispanoamérica. *Anuario de Estudios Americanos*, 72(2), 487-513.
<https://doi.org/10.3989/aeamer.2015.2.04>
- Makowski, Sara. (2004). La Alameda y la plaza de la Solidaridad. Exploraciones desde el margen. Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 65-69.
- Monsiváis, Carlos. (2010). *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. México: Paidós/Debate Feminista.

- Morales, Ma. Dolores. (1994). Cambios en la traza de la estructura vial de la ciudad de México, 1770-1855. En Regina Hernández Franyuti (comp.). *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, t. I (pp. 161-224). México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Moreno, Sergio. (2017). Prostitución masculina y cotorreo entre varones en la plaza de la Solidaridad (Ciudad de México, siglo XXI). *Revista Euroamericana de Antropología*, (4), 113-119.
- Moreno, Sergio. (2018). Prostitución masculina y relaciones de pareja sexoservidor-cliente en la Alameda Central (Ciudad de México, siglo XXI). En María Elizabeth Jaime Espinosa, María del Rocío Lucero Muñoz y Marisol Varela Gómez (coords.). *Relaciones de pareja: cambios y permanencia* (pp. 197-212). México: Ubijus.
- Muñoz, María Dolores e Isaza, Juan Luis (2001). Naturaleza, jardín y ciudad en el Nuevo Mundo. *Theoria*, 10(1), 9-25.
- Notimex. (2011). Sexoservidores, asesinos de activista gay: PGJDF. Excélsior (10 de agosto). <https://www.excelsior.com.mx/2011/08/10/comunidad/760047>
- Novo, Salvador. (1945). *La estatua de sal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Núñez Noriega, Guillermo. (2001). Reconociendo los placeres, deconstruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismos en México. Desacatos. *Revista de antropología social*, (6), 15-34. <https://doi.org/10.29340/6.1206>
- Núñez Noriega, Guillermo. (2007). Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida, México. México: Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de Sonora/Miguel Ángel Porrúa.
- Palma, Adrián. (2014). México y la sexualidad entre varones. En: Juan Guillermo Figueroa y Alejandra Salguero (coords.). *¿Y si hablas de...sde tu ser hombre? Violencia, paternidad,*

homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos varones (pp. 361-388).

México: El Colegio de México.

Pérez, Ramona I. (2002). La construcción de paseos y jardines públicos modernos en la ciudad de México durante el porfiriato: una experiencia social. En Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros (eds.). *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX* (pp. 314-334). México: Juan Pablos/Instituto de Cultura de la Ciudad de México.

Pérez, Ramona I. (2018). Planos de la Alameda de la Ciudad de México, siglos XVIII-XX. Planes y proyectos en el acervo del Archivo Histórico de la Ciudad de México. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Periáñez, Luis. (2020). Convivencia y vigilancia: cruising y producción del espacio público. *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, 25(2), 73-94.
<https://doi.org/10.6035/Recerca.2020.25.2.5>

Quiroga, José. (2010). Prólogo. En: José Quiroga (comp.). *Mapa callejero. Crónicas sobre lo gay desde América Latina* (pp. 11-25). Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Ramírez, Bertha Teresa. (2012). La Alameda, tapiada hasta por seis meses. La jornada (6 de marzo). Recuperado de: <https://www.jornada.com.mx/2012/03/06/capital>

Ramírez, Fernando. (2013). Cuestionamientos a la geografía a partir del cruising entre hombres en Bogotá. *Revista Latino-americana de Geografía e Gênero*, 4(2), 134-147.
<https://doi.org/10.5212/Rlagg.v.4.i2.134147>

Ramírez, Fernando (2014). *De cruising por Chapinero: gubernamentalidad, consumo y transgresión en tres espacios de encuentros sexuales entre hombres en Bogotá* (tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.

Rance, Susanna. (2001). Ciudadanía sexual. *Conciencia Latinoamericana*, XIII (3), 13-17.

- Recio, Álvaro. (2015). Alamedas, paseos y carruajes: función y significación social en España y América (siglos XVI-XIX). *Anuario de Estudios Americanos*, 72(2), 515-543.
- Ripoll, Lara. (2002). Prostitución masculina. Ellos también venden caro su amor. *Masiosare*, (256). Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2002/11/17/mas-ripoll.html>
- Rojas, Luis Alonso. (2016). Cruising: la apropiación fortuita del espacio público para mantener relaciones sexuales esporádicas entre hombres, *Rupturas* 6(2), 329-344. <https://doi.org/10.22458/rr.v6i2.1495>
- Sabsay, Leticia. (2011). *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Servín, J. M. (2012). En la Alameda nadie sufre. *Nexos* (abril). <http://www.nexos.com.mx/?p=14758>
- Sigismondi, Ángel (dir.). (2009). Sexo, soledad y Alameda central [Video] México: Fancy Films (5.14 min). <https://www.youtube.com/watch?v=Jtc0PhvBYpU>.
- Silva, Víctor y Jiménez, Elizabeth. (2015). Chichifos, otra cara de la prostitución. *Publimetro México* (23 de noviembre). Recuperado de: <https://www.publimetro.com.mx/mx/ciudad/2015/11/23/video-chichifos-otra-cara-prostitucion.html>
- Vázquez, Jorge. (2015). Historia de una pérgola y una librería de cristal. *Adamo Boari y Arturo Sáenz de la Calzada Gorostiza. Casa del tiempo* (abril), II(15), 32-36.
- Villalobos, Hugo. (2007). *Diario de un chichifo ilustrado*. México: Fontamara.
- Villalva, Patricio. (2011). Él y él: la convivencia y los sentimientos en la prostitución masculina en la ciudad de México. *Trayectorias*, 14(33-34), 115-130.
- Viveros, Mara. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*, (52), 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>

Wahr, Luis Fernando. (2006). *Enigmas de la ciudad de México*. México: Tomo.

Weeks, Jeffrey. (2011). *Lenguajes de la sexualidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.